



UN SALTO AL MAR
DE LAS POSIBILIDADES

Nil García Baena

UN SALTO AL MAR
DE LAS POSIBILIDADES



Primera edición: agosto de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Nil García Baena

ISBN: 978-84-19340-34-4

ISBN digital: 978-84-19340-35-1

Depósito legal: M-21962-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedico este libro a la sabiduría de nuestros mayores y a todo aquel que haya dedicado su vida al conocimiento. Un salto al mar de las posibilidades va dedicado a todos aquellos que mueren sin miedo a morir porque viven sin miedo a vivir.

A mi abuela, Eleuteria Martínez, viajera prematura y fuente de amor. Un ser de luz que me ilumina cada día y con el que tengo encuentros en mis mejores sueños.

AGRADECIMIENTOS

A mi gran amiga Beatriz Ortega Ruiz, fuente inagotable de inspiración.

A todos aquellos que me acompañan en el viaje interior y que crecen conmigo.

INTRODUCCIÓN

El mundo ha estado siempre igual, perfectamente equilibrado. Amor y odio, verdad y engaño, lince y ratas, paraíso e infierno, alma y cuerpo conviven siempre en armonía, en la balanza de la justicia universal.

Unos mueren y otros viven, un bosque se quema para que otro florezca, nos llega el olor del vecino de arriba que lleva una semana muerto y nos despiertan los ruidos de la vecina de abajo que ha tenido trillizos.

Queremos que nos envuelva el amor, conocer la verdad, ser lince en el paraíso y dominar nuestra alma. Pero muchas veces nuestra vida se basa en el odio fomentado por el engaño que nos convierte en ratas de un infierno limitado por un cuerpo que enferma.

Todos vamos dando tumbos entre el paraíso y el infierno, a veces más cerca del rojo fuego que del cielo azul. Incluso algunos nos acercamos a la realidad positiva después de romper las telarañas que nos engañan como si las arañas que las habitan fuéramos nosotros mismos. Cuando esas telarañas marchan, hay que trabajar para que no vuelvan a crecer y nos dirijamos directos a un paraíso infinito.

Es difícil y requiere de energía de activación como muchos procesos naturales que ocurren constantemente a nuestro alrededor. Un pequeño esfuerzo para fluir con facilidad.

Estoy en el *Proceso*, de camino al paraíso terrenal. Trabajo cada día para acercarme un poco más a la perfección de la que formo

parte, para darme cuenta de que todo a mi alrededor y yo mismo somos perfectos. No tener miedo a un futuro que no existe es parte de la clave, no tener miedo a la muerte es fundamental.

Crear que el paraíso está en la Tierra es un acto de positivismo, de fomento del disfrute en el aquí y el ahora. Ser conscientes de qué es el universo y del sentido de ser realmente felices lo antes posible es la dificultad. No entenderemos nada hasta que no ejercitemos la capacidad de ir más allá a través de todos los puentes que enlazan nuestra alma con el Todo, donde está toda la información.

¿Qué mejor que recorrer el camino de la vida por un sendero lleno de aventuras, fuentes de eterna juventud y comida y dinero en abundancia? Encontrar ese sendero solo es cuestión de entendernos a nosotros mismos. El mapa del tesoro está en nuestro cerebro, el guardián de nuestra alma.

Dos errores de la humanidad, la revolución agraria y la industrial, nos han alejado del camino de la libertad y del autoabastecimiento. Nos han alejado del trabajo más digno que hay en la faz del planeta azul, el que realizan todos los animales. ¿Qué hay más digno que conseguir tu propia comida y agua, hacerte tu propia ropa o criar a tus hijos y a los de tus vecinas y vecinos? No hay conocimiento más básico, natural y honrado. Es por eso que, en la realidad contemporánea, el camino hacia la satisfacción puede costar de ver.

Hoy corremos del trabajo a casa, de casa al colegio, del colegio al bar. Trabajamos las cuarenta horas para conseguir un sueldo y otras cuarenta nos las pasamos yendo y viniendo, cocinando, cuidando de nuestros hijos, yendo al supermercado y corriendo en un gimnasio como si fuésemos un hámster en su icónica rueda. Otras cuarenta dormimos, si no padecemos de insomnio.

Llega el fin de semana y tenemos que emborracharnos y drogarnos para alejarnos de nosotros mismos porque no nos queremos lo suficiente como para pasar tiempo con esa consciencia que se llama Todo. Nos acercamos al infierno del engaño. Vivimos en un entorno de falsa felicidad en el que al rascar se ve el cartón del odio a la vida manifestado en el cuerpo que maltratamos.

Hay esperanza. No hay que olvidar que estamos en el paraíso.

A continuación, te cuento mis primeros pasos. Te cuento cómo conseguí darme cuenta de que tenía que ponerme de pie y ver un horizonte mucho más lejano. Empecé a trabajar cada día para encarrilarme en las vías de la verdad, en un viaje individual y universal al mismo tiempo. Todos somos Yo y Yo somos Todos. Mi energía de activación han sido las experiencias de un viaje que no os dejará indiferentes. Aquí os dejo mi aventura, mi obra maestra, mi creación, que también es tuya.

Con mucho amor, el universo te ha traído esta obra para que la leas y Tú y Yo y Todos aumentemos las vibraciones positivas que traerán prosperidad a este paraíso que tanto amamos.

1. OXÍGENO

Como cada día, el mediodía llega después de mucho tiempo perdido mirando una pantalla cuyas motas de polvo son tan conocidas como la energía negativa que ronda por la oficina y que nos inhibe, a mí y a mis compañeros, la capacidad creadora en la que no creemos.

Las primeras cuatro horas y media del día han sido ya aniquiladas para siempre y falta una larga media hora para poder salir a respirar.

Tengo sueño y las legañas parecen estar programadas para reaparecer cada media hora. ¿Quizá necesito otro café? La adicción a esta maravillosa bebida y al tabaco me aleja de la silla que tanto odio y de los comentarios de mis compañeros y jefes infelices durante un rato insuficiente pero preciado.

La cueva oscura en la que trabajamos está ennegreciendo mi ser de la misma manera que los corazones que me rodean con alguna excepción esperanzadora.

Un cigarro me acerca a la hora de comer, me entretiene hasta que el timbre avisa de que empieza la hora y media de descanso emocional. El mismo cigarro que acelera el reloj me repugna lo suficiente como para prometerme que ese va a ser el último del día y camufla su rastro con un mordisco de bocadillo expresamente guardado para la ocasión. ¿Qué excusa pondré para poder salir y despejar mi mente el día que deje de fumar?

De vuelta a la silla, parece que nunca me haya levantado, parece que las cinco horas hayan sido desperdiciadas engordando mi tra-

sero y mirando una pantalla que me provoca cero interés y mucho aburrimiento.

Nadie confía en mí, soy el nuevo y tengo cara de tonto. Nadie me da trabajo, soy la persona menos productiva de esta celda y cobro más que muchos de ellos. Soy probablemente la peor inversión que mi jefe ha hecho en mucho tiempo y trabajar en esta empresa parece demostrarme que los cuatro años de universidad han sido la peor inversión que yo he hecho.

Ya cansado de pedir trabajo, acelero los pocos minutos que quedan para ir a comer mirando Tinder o Grindr o enviando un mensaje a alguno de esos chicos que no me gustan pero que me suben la autoestima. Lo hago todo, esperando que haya algún resultado y tenga sexo de una vez por todas.

Con tanto mensaje, llega la hora de comer, la hora de distraerme y olvidar lo mal que lo he pasado esta mañana, lo infeliz que soy con esta rutina que creo haber elegido y cuyo lado positivo me cuesta ver.

La hora de comer acaba de ser elegida por el macho alfa de la oficina para dar una vuelta y preguntar estupideces a los trabajadores que lo engañan y ponen a prueba su idiotez vendiendo el trabajo realizado como si cada uno de ellos fuera el salvador de esta empresa de polígono.

Yo paso desapercibido hasta que decido no esperar a que la bestia se vuelva a sentar en su sillón de terciopelo verde. Ninguno de mis compañeros tiene el valor de levantarse de las sillas que forman parte de sus cuerpos encorvados y maltrechos por la falta de ejercicio, el exceso de drogas legales y la adicción a un trabajo que los mantendrá en el límite de la pobreza infinitamente.

La mayoría de gente de la que me rodeo vive para ser esclava moderna de un sistema que engaña a unas mentes educadas para ser débiles.

Al levantarme de la silla para salir por la puerta, vuelvo a mirar el móvil que me acompaña allá donde vaya y una gran sorpresa me

anuda el estómago. Milad me acaba de llamar. Me pregunto qué querrá mientras me preparo para dirigirme a casa a comer. Ojalá esté pensando en venir a Barcelona a visitarme.

Hace meses que no hablamos, pero es de aquellas amistades con las que no es necesario hablar a menudo para saber que siempre podemos contar el uno con el otro. Se trata de una amistad sincera de aprecio mutuo.

Tengo que reconocer que a veces confundo la realidad y mi optimismo me lleva a pensar que le podría llegar a gustar tanto como me gusta él a mí, pero la ley de la atracción o de acción-reacción no parece funcionar en este caso.

A pesar de mi enamoramiento pasajero con él, estoy preparado y he conseguido entablar una relación de amistad sin sufrir por no tener el amor que me gustaría recibir por su parte. Siempre me pasa lo mismo, parezco estar programado para enamorarme de los heterosexuales.

Si no hago un cambio de chip, nunca encontraré pareja. De hecho, a veces siento que nunca encontraré el amor. Solo me gustan los chicos a los que no les gusto y a los que les gusto, no me gustan. Una manera inducida de sufrir bastante generalizada en mi entorno de amistades.

Siendo coherente con mis pensamientos, no vale la pena fustigarme. Pienso que todo lo que tenga que venir va a hacerlo sin esfuerzo. Pero no llega. Parezco no estar preparado, no atraer el amor teniendo la suerte de tener un físico envidiable para el poco tiempo que le dedico.

¿Cómo voy a encontrar el amor si me paso el día sentado en esta silla, mirando la pantalla del ordenador, sin internet y en depresión? El poco tiempo que tengo lo paso con amigos, de fiesta, en mi zona de confort, con la gente a la que quiero. No le dedico un espacio a mi pareja y, por lo tanto, no llega porque no tiene un hueco. ¿Cómo va a aterrizar un avión si no hay aeropuerto o si todas las pistas de aterrizaje están ocupadas?

El sol del mediodía me ciega al salir de la cueva y siento que brillo como un vampiro. El coche debe de estar ardiendo.

¡Qué ganitas de mi música! ¡Qué ganitas de aire fresco mientras conduzco a casa! ¡Qué ganitas de comer! Espero que no haya nadie. Necesito un poco de soledad, no quiero tener que hablar con nadie. La tele a tope con mi canal de noticias favorito y el plato de pasta que me hice ayer por la noche es lo único que necesito.

Nervioso, aprovecho para llamar a Milad. ¡Quizá me llama para decirme que me quiere y que quiere venir a Barcelona para estar conmigo!

—¡Milad, guapo! Cuánto tiempo... Hace una eternidad que no hablamos, espero que por fin hayas aceptado mi invitación a Barcelona. Llevo un año diciéndote que vengas.

—Ya sabes que estoy algo ocupado. Irán no es como España. Cuando trabajas para una empresa, trabajas todo el día, todos los días y en lo que haga falta.

—Seguro que puedes pedir un par de semanas de vacaciones para venir a verme.

—Por eso te llamaba, la semana que viene me tienes en Barcelona, me han dado diez días de vacaciones.

Milad es un iraní afortunado, su familia tiene contactos y, aunque no sean muy partidarios del régimen actual, son respetados. El padre de Milad, al haber hecho unos cuantos favores al Gobierno, fue galardonado con un pasaporte especial que le permite a él y a su familia salir del país siempre que quieran. Milad ha aprovechado esta condición para viajar bastante, aunque nunca para establecerse indefinidamente en el extranjero.

La suerte es doble porque, además, su padre también participó en la guerra de Iraq e Irán durante demasiado tiempo, así que Milad no está obligado a hacer el servicio militar.

Se puede decir que ha tenido la suerte de tener el padre que tiene y, aunque lo vea injusto, yo también me beneficiaría de estas ventajas. ¿Quién quiere pasar dos años de su vida haciendo algo que le imponen y cuyos valores no comparte?

La cuestión es que tengo una visita muy importante la semana que viene. Uno de mis mejores amigos en el extranjero viene a verme y tengo que preparar una experiencia inolvidable para los dos.

Tengo que solucionar algunas cuestiones: primeramente, pedir vacaciones, con un par de días y el fin de semana es suficiente. También tengo que empezar a organizar planes con mis amigos para el fin de semana, quiero que se lo pase como nunca.

Va a alucinar con Barcelona estando acostumbrado a no poderse dar ni un beso en público y a tener que ver a la mayoría de las mujeres cubiertas. Tendré que introducirle el alcohol poco a poco, que si no lo voy a perder la primera noche y se va a pasar lo que queda de vacaciones de resaca. Que esté acostumbrado a viajar no quiere decir que esté acostumbrado al ritmo de vida occidental y menos al de Barcelona.

Se me pasa por la cabeza el mejor plan posible: me lo voy a llevar a hacer un trozo del camino de Ronda. ¿Qué puede haber mejor que playita, acampadas y la oportunidad de poder pasar el cien por cien de nuestro tiempo juntos?

Mi próxima misión será reclutar a unos cuantos amigos. Sé que Milad va a sorprenderse con ellos. Seguro que no tienen nada que ver con los suyos. Me imagino su entorno adinerado, con sus colegas pijos, sus padres estrictos y su mentalidad retrógrada. No sé cómo ha conseguido alejarse de esos principios y vivir algo diferente al resto del país.

Detecto cierto racismo en mis pensamientos, quizá no es como imagino. Cabe la posibilidad de que la mayoría de los iraníes sea tan librepensadora como él.

Recuerdo cuando le conté a Milad que era gay. Había estado hablando abiertamente sobre el tema durante casi un mes y él no se había dado cuenta, al contrario que mis otros amigos de Europa, Estados Unidos y Canadá. Es como si no fuera una posibilidad para él. No era una opción que un amigo suyo fuese abiertamente homosexual.

Yo, en ese momento, estaba a otro nivel, convencido de que le

gustaba, de que estaba enamorado de mí por ciertas actitudes que había, por supuesto, malinterpretado durante las dos semanas anteriores al viaje a Filipinas, donde descubrió mi condición sexual. La barrera cultural y mi optimismo me habían llevado a ver un lado femenino protagonizado por su obsesión con la limpieza, el perfume y la apariencia física. Esta actitud y la servidumbre hacia mí nos habían llevado a mí y a todos mis amigos (a los que yo había convencido) a pensar que Milad era gay y que yo le gustaba. Finalmente, descubrí que lo único que él sentía por mí era un sincero afecto y ganas de crear una amistad.

Poco a poco, yo también he intentado transformar mi amor por él en aprecio y amistad, con un poco de sufrimiento intermitente. Y aquí estamos, deseando vernos para pasar tiempo disfrutando de nuestra compañía a pesar de que a mí se me vayan los pensamientos por otros senderos con frecuencia.

Llego a casa y encuentro a mi madre en la cocina, cosa que me anima enormemente. Descarto esas aparentes ganas de soledad que parecía tener al salir de la oficina. ¡Qué mejor que la compañía y el amor de una madre cuando llegas a casa de trabajar!

El calor de su compañía me alegra el mediodía. La veo tan bella como siempre, deslumbrante. Con ella siempre hay algo de lo que hablar, algo que comentar, alguna anécdota que contar con efusividad.

A veces esta confianza que nos tenemos hace que la conversación se vuelva discusión en cuestión de un instante, con una escalada exponencial y un final en el que perdemos los dos. A pesar de esto, cada vez nos conocemos más y nos entendemos, nos respetamos infinitamente y confiamos en nuestro amor. ¿Por qué nos volvemos tan estrictos con las personas que más queremos?

Me ha salido una comida sabrosa, y eso que la hice ayer en un momento. Una manzana de postre porque nunca olvido que «una manzana al día del médico te salvaría». Al menos como sano, la

alimentación es lo más importante. A ver si deja de caérseme el pelo y de arrugar la cara.

Voy a darle un poco de cuerda a mi madre, que si no me paso todo el día sin hablar. Voy a contarle otra vez lo poco que me gusta mi trabajo, lo amargados que están mis compañeros y el poco tiempo que tengo para hacer lo que me gusta.

¡Qué bien vive mi madre! Trabaja por la mañana, se pide las vacaciones que le da la gana y ahora después de comer tiene tiempo para echarse la siesta. ¡Quién pudiera!

Ahora, de solo pensar que tengo que volver al infierno, me da un ataque emocional. Con lo a gusto que se está en el sofá... Creo que me da tiempo a tomarme un café rápido mientras miro un trozo de este capítulo de *Los Simpson*, asumiendo que eso significa más esfuerzo futuro para levantarme e irme a trabajar.

Antes de salir, miro a mi madre con envidia.

—¡Adiós, mamá! Ojalá pudiera quedarme tumbado en el sofá con mi mantita. Eres muy afortunada.

Otra vez aquí, divisando mi silla al fondo del pasillo, aún oscuro, se vuelve a despertar el sentimiento de amor-odio que tengo por este objeto. Por un lado, es súper cómoda y, por otro, me tengo que pasar ahí sentado todo el día, mirando la pantalla cuyas motas de polvo no olvido.

El plan es no hacer nada la primera media hora, para luego tener algo que hacer y que se me pase el tiempo con más rapidez. No hacer nada en idioma de oficina significa comerme la cabeza y torturar a mi ser con pensamientos que no me llevan a ningún sitio mientras estoy pendiente de cada paso que mi jefe da para anticiparme y aparentar que estoy siendo productivo.

Vaya aburrimiento de vidas, las de mis compañeros. Con que poco entusiasmo hablan de su fin de semana. Dios me libre de ser como ellos en el futuro. ¿En serio dedican su tiempo a hacer algo que no les gusta después de pasar toda la semana trabajando en algo que tampoco les gusta?

Pff... Me entra mucho sueño después de comer y hoy no es una excepción. Como siempre, elijo el café como remedio, me irá bien para despertar y hacer un poco de tiempo antes de ponerme en serio. Con el café siempre me viene la inspiración, es como elixir revitalizante que me hace feliz durante el tiempo que dura en mis manos.

De la mitad de mi fin de semana no me acuerdo y ya estoy aquí otra vez en la oficina, con mi café de primera hora de la tarde. Esto parece el día de la marmota, todos los días me parecen iguales, todo se repite una y otra vez. Una y otra vez.

Qué sentido tiene el tiempo o el espacio si siempre repetimos lo mismo. ¿Por qué estamos tan asustados de morir si matamos cada uno de nuestros días haciendo lo mismo que hicimos el día anterior?

Los que tenemos suerte vivimos dos días a la semana y con miedo de que llegue el lunes. Tenemos miedo a la muerte, pero queremos que las horas pasen, queremos acabar todo lo que estamos haciendo, queremos que todos los días lleguen las seis y media de la tarde para salir y hacer algo que podamos decidir por nosotros mismos. ¿No estamos entonces muertos el setenta por ciento de nuestro tiempo?

Voy a sentarme porque, con el sueño que tengo, necesito una superficie acolchada en la que poder llegar al máximo nivel de reposo. A ojos de mis compañeros menos cercanos parece que he empezado a trabajar otra vez. Los que tengo más cerca saben que no tengo nada que hacer.

¿¡Por qué no me dan trabajo!? Voy a preguntar, otra vez, si alguien tiene algo para darme.

—¿Alguien tiene algo de trabajo para darme? No tengo nada que hacer.

No sé para qué pregunto, siempre me dan lo que ellos no quieren hacer. Voy a hacer un esfuerzo y voy a mirar el lado bueno, estaré entretenido un rato esta tarde.

—Puedes doblar los planos prehistóricos que tenemos en el almacén.

¿Doblar planos? ¿Pero en qué siglo estamos? ¡Qué desperdicio de talento! Intentaré hacerlo rápido para luego escaquearme de trabajar lo que quede de tarde. Total, a nadie le importa esto.

Si lo acabo rápido, no tendré nada que hacer el resto del día... Con suerte me darán otro trabajo más interesante. Todos mis compañeros dicen que ahora hay bastante faena, pero no estoy muy seguro de que quieran compartirla conmigo.

Por fin listo y solo queda una hora para irse a casa. ¡En una hora seré libre! Seguro que hoy esta última vuelta de reloj transcurre excepcionalmente rápida. Me bebo otro café, me fumo otro cigarrillo y estoy convencido de que, sin darme cuenta, esta tarde se ha esfumado.

Vaya olorcito que sube del café, ¡esto es lo que necesito!

Me he fumado el cigarro y me he bebido el café en cinco minutos, ¿por qué hago esto? ¿Por qué encuentro ansiedad en cada momento de mi existencia?

No pasa la hora, joder.

No pasa la maldita hora, joder.

No pasa la puta hora, joder.

Cinco minutos...

Un minuto...

Un minuto...

—¡Adiós, chicos! Hasta mañana, que tengáis un buen día — digo pensando en que para mí el día realmente empieza en el mismo instante en el que salgo de permiso penitenciario.

Sé que todos mis compañeros van a usar lo que les queda de día para llegar a casa, hacer la cena, pasar cinco minutos con sus hijos, cenar y dormir. Mañana nos veremos otra vez aquí con unas buenas ojeras, queriendo que otro día más pase y llegue el fin de semana.

Pero estos seres poco humanos, ¿cuándo están con sus hijos? ¿Cuándo disfrutan de su casa? ¿Qué hacen más allá de trabajar en

la oficina y trabajar en casa? Para mí esta situación es solo transitoria, este no es el trabajo de mi vida, ¿o quizá me espera esto el resto de mi existencia?

Los veteranos dicen que soy joven y que aún no tengo responsabilidades que me hagan apreciar el trabajo y los de mi edad, que he tenido mala suerte con mi empleo. Yo digo que quiero cambiar esa suerte, pero no con otro trabajo y no asumiendo más responsabilidades.

Decido dedicar las pocas horas que me quedan de día a ir al gimnasio y así mover el culo plano que se me está quedando después de tantas horas en la silla del amor-odio. Más tarde, y si encuentro energía, voy a ir al bar a ver a mis amigos con los que me siento joven y con los que saco lo mejor de mí.

De camino al gimnasio, baja la temperatura gracias al aire acondicionado y la distensión provocada por la alegría de ser libre tantas horas como yo decida estar despierto me inspira pensamientos que no sé si me hacen bien o mal, pero que me enseñan un lado del mundo que estoy descubriendo.

Al igual que un explorador en la época colonial, quiero ir más allá y extraer toda esa información que tengo dentro, de la misma manera que el explorador sigue el río que lo puede llevar al Dorado.

Visualizo la vida a través de las rectas carreteras del polígono industrial de Can Llobateres. Las líneas rectas que separan los carriles, las decadentes aceras por las que no pasea nadie, las naves sin vida aparente pero con personas como yo queriendo que pasen las horas, los días, para que llegue el día libre que acaba sin cumplir sus expectativas.

¿Es el camino de la vida una línea recta? No tiene por qué, pero es el camino que nos han impuesto como modélico, como digno. Es el modelo que todos creemos querer aunque no es más que una montaña rusa que avanza con un recorrido prediseñado. Nos hace incluso ilusión subirnos, sentir que estamos haciendo lo correcto,

que aportamos a la sociedad, que levantamos el país. Empieza con el colegio y el instituto y acaba con la jubilación y la muerte.

Cuando, al principio, miramos cegados y hacia delante, vemos sol, claridad, felicidad. Esa sensación solo la tenemos cuando creemos que esa ceguera es la visión de la realidad, como cuando en la montaña rusa miramos hacia delante sin ver la bajada que viene después. Cuando la falsedad impuesta te convence de que el sacrificio de hoy te llevará a un futuro utópico lleno de sorpresas y risas.

Ahora me doy cuenta de que no es así porque, cuando la sociedad deja de remolcarte hacia arriba, ves el abismo que hay después. Después de los estudios, cuando tienes que incorporarte como peón al mundo laboral.

Acabo de empezar la caída libre pensando que es momentánea, que algo o alguien va a salvarme o que en unos años quizá puedo encontrar mi lugar en el agujero e incluso convencer a muchos indecisos para que se tiren, para que prueben esta aventura sin emoción, poco vital.

Cuando miramos hacia atrás desde nuestra posición en el circuito, la vida nos da una señal que no debemos pasar por alto. Nos damos cuenta de lo que dejamos atrás, la luz de cuando éramos niños o adolescentes. La sociedad, de la misma manera que tú mismo, solo intentabais convenceros de algo que veáis lejos.

La claridad, la entrada al agujero, el principio de la caída nos advierte, en forma de melancolía y de baúl de los recuerdos, de que los tiempos pasados fueron mejores.

Este camino, en realidad, no va a ningún lugar, pero nos mantiene con esperanza para ser capaces de continuar trabajando. Trabajamos mejor cuando tenemos un objetivo y quizá ese es el propósito de la mentalidad predominante.

Y aquí acabamos, yo y mis compañeros de vida, en el presente, sentados frente a un ordenador las horas más preciadas del día, tratando de sobrevivir emocionalmente a las mentiras de las que estamos convencidos, seguros de que el futuro se gana trabajando, invirtiendo o sacrificando lo único que existe, el presente.

Tener objetivos no es perjudicial, al final el objetivo de la muerte es para todos igual. Lo que nos mata es el hecho de no disfrutar el camino hacia su consecución, sacrificando nuestro presente, nuestra vida ahora, para conseguir algo que creemos que queremos. Si el objetivo es amado, el camino es disfrutado.

Ahora mismo, sin objetivos concretos, empiezo a verle el cartón a trabajar en una oficina y a meterme en un sistema de miedo a pagar las facturas y a no ser gustado por las masas en esta sociedad bañada en oro.

Con este pensamiento, con esta visión, habiendo amado el camino al gimnasio, llego a esta sala de cuerpos sudados. Empiezo una actividad que necesito para despejarme de la oficina, el ordenador y mi jefe.

Aquí encuentro mi lado animal, mi lado masculino, muevo el culo que se me va a quedar cuadrado y justifico la borrachera de después con mis amigos.

La pereza se va convirtiendo poco a poco en motivación a la misma velocidad que mi camiseta se mancha de sudor y el *bax* se va calentando. La motivación se convierte en confianza y en amor propio.

Voy progresando, me siento fuerte y capaz de comerme el mundo ahora que mi parte menos racional y menos engañada aflora de la misma manera que un san Juan de noche, todo el día apagado, escondido de la luz cegadora de su alrededor y que cuando llega la oscuridad hace un esfuerzo para realizarse y brillar.

Con las pilas cargadas y la autoestima en los niveles más altos de los últimos días, me dispongo a relajarme en la ducha... Mi mente se nubla, cansada de tanto pensar y vacía de flujo sanguíneo es invadida por el poder de la consciencia, ¡esto es vida!

Una luz me ciega con los ojos cerrados. Siento que se expande sin fin aparente, como si mi mente pudiera llegar al infinito donde siempre hay una nueva dirección hacia la que dirigirse y descubrir aunque todo sea luz. El universo infinito parece expresarse dentro de mí para enseñarme una infinidad de posibilidades.

Me seco el cuerpo cuando aún mis niveles de bienestar son altos y lo único que siento es el tacto de la toalla rascándome la piel. Poco a poco, me empiezo a activar y a pensar cuál será el próximo movimiento en este día al que le prohíbo acabarse, pero que se va desvaneciendo poco a poco, dándome pocas opciones de maniobra.

Como siempre, tengo dos opciones: o salgo a tomar cervezas y, posiblemente, a cenar con quien sea que salga o me quedo en casa, tranquilo, e intento disfrutar de la compañía de mi familia. Decido lo primero, necesito un poco de movimiento en el cuerpo, un poco de risas, de alcohol, de tabaco y si hay un porro que quiera ser fumado, no me voy a resistir.

Vaya sonrisa de tonto que se me queda cuando veo a mis amigos venir a lo lejos. Me siento como en casa con ellos. Los admiro, los respeto, los amo y los odio a momentos. Aprecio su compañía y su capacidad de entenderme y mi capacidad de entenderme a través de ellos. Son parte esencial de mi vida y no me conformo con verlos solo el fin de semana, aunque algunos de ellos se empeñen en estar muy ocupados de lunes a viernes.

Somos muy diferentes entre nosotros, a veces me da la sensación de que tengo el mundo delante cuando estoy con todos ellos. Es como una colección de cromos que disfrutas contemplando.

Los tengo inteligentes, trabajadores, parlanchines, desesperados, alcohólicos, deportistas, gordos, flacos, sinceros, eufóricos, tiquismiquis o exagerados. No tengo muchos que sean modestos, valientes, alternativos o independientes, pero todos necesitamos nuestro instante para conocernos a nosotros mismos y evolucionar.

A pesar de nuestras flaquezas individuales, cuando nos juntamos, somos capaces de montar las mejores fiestas y de nutrirnos de amor.

Cuando salgo con mis amigos, me da la sensación de que estoy fuera del sistema, que soy libre, que puedo ser quien verdadera-

mente soy. A veces me toca aparentar un poco o fantasear para alimentar mi ego, al que intento mantener encerradito en una jaula mental.

Nuestras vidas aparentan ser interesantes. Estamos en esa etapa de la existencia en la que uno tiene que empezar a ser independiente, tomar decisiones propias y ganar su propio dinero. Algunos lo llevan mejor, yo lo llevo bastante mal. No estoy cien por cien convencido de lo que he estudiado y no estoy nada convencido de que quiera trabajar en donde lo hago, de hecho estoy convencido de que esta no es la vida que quiero para mí.

Quiero ser libre, quiero tener tiempo para desarrollar mi mente en múltiples direcciones y ser feliz cada segundo de mi existencia. Porque la felicidad o es constante o no es felicidad, igual que Dios o es omnipresente o no es Dios.

Muchos de ellos hablan de sueños, de proyectos futuros que están por cumplir. Yo, que los conozco, sé que el miedo conducirá a la cancelación de tales planes, igual que se cancelaron en el pasado muchos otros. Es por eso que no me acaba de convencer el estado de bienestar, la felicidad de la que me quieren convencer.

En este sentido, me considero el más valiente del grupo. Siempre digo que lo que quiero lo consigo y, de momento, siempre ha sido así, a pesar de que a veces no esté seguro de lo que quiero y de que ahora me encuentre inmerso en esta oportunidad que le he dado al sistema y que pretende atraparme como la relación tóxica que nunca he tenido.

Y a pesar de la maravillosa compañía, los días se van repitiendo, todos parecidos, con las mismas taras. Pasan rápido, con poco valor añadido. Una producción de experiencias poco variada, un producto en grandes cantidades, con poco potencial para la innovación, lo que en la universidad me enseñaron como *bulk product*.

Así son mis días. Así son, en general, los días que se van produciendo constantemente en esta sociedad enferma de consumismo y adicción.

Una sociedad adicta al futuro como vía de escape al desperdicio vital que está experimentando en lo único que existe, el presente.

